



Universidad de la República
Facultad de Psicología

Trabajo final de Grado

Las expresiones sexo-afectivas: ¿Cómo se expresan hoy el amor y sus malestares?

Ángeles de los Santos
C.I: 5.050.413-1

Tutora: Prof. Adj. Cecilia Montes

Revisor: Prof. Adj. Dra. Adriana Rovira

*Montevideo, Uruguay
Octubre, 2025*

Índice:

Resumen	3
1. Introducción	4
2. Las bases: organización de los roles en sociedades occidentales capitalistas	5
2.1 Del matrimonio a nuevos matices	8
2.2 Cambios en la dinámica: contexto posguerra y auge industrial	12
3. ¿Cómo utiliza el capitalismo al amor?	14
3.1 Nuevas aristas que se entrelazan en el terreno sexo-afectivo: individualidad, autonomía emocional, sexualidad y consumo	16
3.2 Reformulación vincular en la era digital	20
4. De lo insaciable: redes digitales	21
4.1 ¿Cómo se habita el deseo en un terreno que se vislumbra volátil?	22
5. Amor posmoderno	23
5.1 Nuevas subjetividades	26
6. Conclusiones	27
Referencias	33

Resumen:

El presente ensayo busca reflexionar sobre la estructura en la cual se edifican los vínculos sexo-afectivos heterosexuales en la actualidad, en sociedades occidentales y patriarcales, en perspectiva de visualizar dónde radican las brechas de desigualdad. Pasando de un reordenamiento fomentado por el consumo, la tecnología y la sexualización, desplazando tabúes, fronteras sociales, étnicas y religiosas. Reflexionamos entonces ¿dónde se expresan hoy el amor y sus malestares?

1. Introducción:

La relevancia de este ensayo radica en esclarecer un tema a menudo complejo de teorizar: los vínculos sexo-afectivos. En un marco de sociedades occidentales, sociopatriarcales, repensando sobre los vínculos sexo-afectivos bajo una mirada de género y su implicancia en el capitalismo avanzado. Partiremos del siglo XX, con el amor como componente, cuando las emociones, el cuerpo y la sexualidad comienzan a cobrar protagonismo en la vida cotidiana y a ser algo a cuestionar. Desplazando pautas tradicionales de vinculación, transformando las dinámicas de relacionamiento y su composición.

Para ello, contextualizamos diferentes hitos históricos como, conflictos bélicos (Segunda Guerra Mundial) y el auge del capitalismo avanzado como consecuencia. El feminismo anglosajón (Illouz, Ahmed, hook) como hito de carácter político y social, que han marcado nuevas formas socioculturales para vincularnos, formando nuevas subjetividades, el desplazamiento de desigualdades de género y sus impactos en los roles de las mujeres.

En este contexto, emergen las preguntas: ¿cómo se expresan hoy el amor y sus malestares?, ¿cómo utiliza el capitalismo avanzado al amor romántico?

Este ensayo aborda ese desafío: comprender las lógicas actuales desde una mirada reflexiva, de género, enmarcada en una economía y política que trajo consigo un terreno que se ha vuelto volátil y de hiperestimulación. Sin más preámbulos, este texto busca ofrecer a lectoras y lectores una lectura crítica y reflexiva sobre lo que compete a lo sexo-afectivo.

2. Las bases: la organización de los roles en sociedades occidentales capitalistas

Nos situamos primero en sociedades patriarcales, entendiendo estas mismas según Grollmus (2012) como un modelo de sociedad que se rige por la división de roles según el género, se han culturalmente naturalizado generando categorías en oposición: femenino-masculino, utilizaremos este ejemplo como base de la estructura que tiene esta lógica que ha servido como control de los individuos y en la cual, hay jerarquías y desigualdades que se retroalimentan de la subordinación de una sobre la otra. Estas categorías naturalizadas fueron puestas en duda con el auge del feminismo, analizadas en contexto relacional y de poder se cuestionó la asignación de roles según género.

Así mismo, en el mencionado sistema de marco patriarcal, donde lo relacional y el poder se rigen en estas categorías de dominación de una sobre la otra. El concepto de hegemonía que utilizó Grollmus (2012) para entender estos grupos dominantes, visibilizó lógicas que hacen al patriarcado, las mismas socialmente predeterminadas dan poder a unos sobre otros en términos de privilegios que atañen a clases sociales, etnia, rango etario, género e ideales hegemónicos. La autora franco-israelí Illouz (2018), abordó el concepto de hegemonía masculina para ayudar a comprender el poder que se ejerce desde la superioridad masculina. La sociedad organiza estos procesos culturales hasta la vida privada de los individuos, como en el contexto vincular. Cabe aclarar que, esta hegemonía se sostiene a nivel social, “nos hemos encargado de sexualizar nuestros cuerpos, espacios y nuestra historia en sistemas dicotómicos, como forma específica de ordenar la sociedad.” (Grollmus, 2012, p. 3).

Enmarcados en este sistema mencionado, acompañadas/os por los aportes que nos dan autoras como Eva Illouz, Mari Luz Esteban, hook y Ahmed, en perspectivas desde la psicología, sociología, antropología y feminismo, sumando autores como Bauman y Han, entre otros. Trabajaremos con los componentes que hacen a los vínculos desde las sociedades victorianas hasta la actualidad junto al auge tecnológico y el consumo, algo que busca problematizar este ensayo.

Entenderemos a los vínculos sexo-afectivos como Vasallo (2019) propuso, delimitación de pensamiento vale decir, naturalizada de cómo se debe establecer un vínculo con un otro. Por ende, se organiza cumpliendo con las bases para el patriarcado, adjudicando roles determinados, basados en el género masculino/femenino. Se rigen mayormente bajo el telar del amor romántico, cuya idea adquiere participación desde temprana edad, proyectando las

dicotomías de los roles. Sus bases: la exclusividad, el compromiso, durabilidad, proyectos de vida en conjunto, el “nosotros” como unicidad. En resultado, una institución que sustenta al patriarcado, una estrategia política para el control de las vidas y la producción mercantil. Continúa siendo la forma cultural occidental más utilizada de manera naturalizada y con mayor jerarquía entre los vínculos, acompañados de la estructura monógama. En suma, con lo que atañe a las sociedades en la era digital que será abordado, podríamos agregar que, contiene un potente rasgo como la veloz capacidad de sustituir y finalizar el vínculo así como dar inicio, por una abundancia de necesidades creadas por el capitalismo que, juega donde siempre puede haber alguien mejor, desplazando la idea del amor eterno, dando espacio a las lógicas del mercado, como costos-beneficios para establecer vinculación alguna.

La idea de ese amor romántico como parte de lo que es vincularse sexo-afectivamente enmarcó roles y también ideales, por ejemplo, mitos clásicos como “el príncipe azul” y la “media naranja”, que han dejado y dejan aún, a las mujeres en estado de incompletud y pone al amor de pareja como se mencionó anteriormente, en un pedestal jerárquico de realización.

Para entender mejor esto y cuáles son los abordajes conceptuales que atraviesan este trabajo, incluiré un material videográfico de las autoras Eva Illouz y Rita Segato:

(...) existe una ansiedad femenina fundamental con respecto a los hombres y expresa la fantasía de superar la ansiedad que produce el dominio masculino sobre las mujeres y la dependencia que tienen las mujeres de los hombres. Para entender esto, déjenme definir la heterosexualidad: las relaciones heterosexuales se basan y hasta se definen por el poder enorme que los hombres poseen sobre las mujeres. La idea de masculinidad está definida por la capacidad de los hombres de demostrar y emplear su poder sobre otros hombres y por sobre todo, sobre las mujeres, este poder en general, tiene tres formas diferentes: libertad sexual, matar y política económica (...), la mayoría de la riqueza del mundo y del poder político está en manos de hombres (...), en segundo lugar, los hombres son los únicos que tienen la forma más significativa de autoridad sobre la gente, por ejemplo, la autoridad de matar a través de ejércitos organizados, los ejércitos son las organizaciones más poderosas que tienen el poder de matar y, sólo hay hombres al comando de éstos ejércitos. Por último, los hombres tienen más libertad en todas las esferas, la libertad sexual es sólo un ejemplo entre muchos otros. Entonces, en relaciones heterosexuales el diferencial de poder aparece en todos lados, normalmente son los hombres los que inician la relación sexual, el cortejo, los que proponen matrimonio, los que definen quién es la mujer femenina y es, para los hombres que las mujeres se embellecen y preparan sus cuerpos. La

femineidad es una norma que está determinada, definida por los hombres mientras que, la masculinidad no está definida por las mujeres. Entonces, son los hombres que con mucha frecuencia tienen silencio emocional, se autocontrolan, están más distantes, es decir, tienen ese desapego emocional y esta persona con mayor desapego tiene mayor control, las mujeres son las que proporcionan la mayor parte de cuidado físico y emocional, aún ocupando puestos en profesiones, se ocupan de cuidar a los otros. Las mujeres cuidan a otras mujeres y también, cuidan a los hombres, son los hombres quienes más probablemente van a golpear y a violar a las mujeres y a amenazarlas físicamente, (...) no las mujeres a los hombres, es decir, no podemos concebir una relación heterosexual sin reconocer, las muchas maneras en las cuales la desigualdad, la asimetría de poder y las luchas de poder están incorporadas. Los hombres y las mujeres, pelean constantemente para superar esta diferencia de poder sin siquiera saberlo. (...) Es innegable nombrar que hay una existente pedagogía de la crueldad que enseñó a ver el cuerpo de la mujer como una cosa. (...) Este cuerpo marcado se ve en el intento de alcanzar hegemonías en juego, estándares de belleza, intento de ser deseada a la espera, en un lugar donde la ansiedad golpea al cuerpo. Véase entonces, el poder que tiene el varón. La masculinidad como la capacidad de emplear poder sobre los hombres pero en mujeres principalmente. Para intentar cuestionar nuevas formas de vincularse sexo-afectivamente ha de ser necesario ver donde se concentran las brechas y el poder, en un intento de resistencia a la redención a este poder (Santa Fe Debate Ideas, 2018, 40:45).

La organización de los roles con el auge que trajo el capitalismo, los cambios en el campo de la sexualidad de los cuales el consumo supo mercantilizar, también perpetuó las brechas de desigualdad en lo vincular generada por las diferencias de poder en los géneros, ha naturalizado las diferencias como, las enseñanzas culturales y sociales de los mencionados cuidados, como emocionales, del cuerpo y hacia el otro quedan reflejados en las dinámicas del campo vincular, como lo que deben cumplir específicamente las mujeres por ser mujeres en sociedades patriarcales y capitalistas. Carrasco, Borderías y Torns (2011), en su texto *El Trabajo de cuidados* cuentan sobre esta brecha de desigualdad, con el avance del capitalismo, con la lógica de crecimiento mercantil y en impronta de potenciar la capacidad de consumo, se acompañó bajo la construcción social en la cual fueron los varones que, dedicados a la fuerza laboral como proveedores de la institución familiar, se volvieron “dependientes” del trabajo doméstico desarrollado por las mujeres de su familia. Lo cual hizo que, las mujeres en contexto de años de guerra (1939-1945), aquellas incluidas dentro de la fuerza laboral se encontraron con nuevos roles y más presiones, al contar con ser responsables de las tareas de cuidados, domésticas y fuerza laboral. La vida cotidiana se delimitó en mayores demandas para las mujeres, las emociones, la psiquis, las

subjetividades, quedando ancladas a tiempos que no son aún compatibles en términos de capital.

Los cuidados de la familia se fueron naturalizando como amor maternal, presentándose como una obligación inherente a la condición femenina. Esta naturalización ha contribuido a la invisibilización de trabajos de cuidados. Illouz (2018) coincide con Carrasco, Borderías y Torns (2011) al señalar la posición diferenciada que ocupan las mujeres en este ámbito. La dimensión emocional del trabajo doméstico se ha volcado principalmente hacia el servicio a los demás, exigiendo de las mujeres una disponibilidad emocional constante para atender y cuidar. Así mismo, también son juzgadas como actoras sexuales que han de ser competentes bajo las miradas masculinas. También el tiempo biológico nos deja en desventaja (franja de tiempo que permite que las mujeres puedan reproducirse) no se ajusta a las normas del tiempo mercantilizable, quedando una vez más las mujeres en desigualdad.

La vida cotidiana comenzó a cuestionarse, la donación de tiempo emocional que realizaron y realizan las mujeres dió la posibilidad de crecimiento económico al varón y por ende, la desigualdad respecto a las mujeres. El trabajo doméstico y de cuidados mantiene una relación directa con el sistema de producción capitalista: este último se sostiene de varias formas, una de ellas es a costas del primero, ya que el tiempo y el trabajo no remunerado de las mujeres contribuyen a reducir los costos de producción de las empresas. En última instancia, esta dinámica reproduce desventajas económicas y sociales para las mujeres.

2.1 Del matrimonio a nuevos matices:

Para poder llegar a un responder las preguntas planteadas, haremos un recorrido de momentos históricos que, fueron clave para la transformación y así, comprender sus actuales malestares entendidos en el marco mencionado anteriormente de sociedades patriarcales occidentales y capitalistas, en vínculos sexo-afectivos heterosexuales y, en pos de una perspectiva de género, intentando dar foco reflexivo y crítico, a las costumbres amorosas en la actualidad.

En el siglo XIX geográficamente en Reino Unido, fue un periodo histórico caracterizado por su transformación industrial y su potencia social en ideales de realización moral, honores y sus características prohibiciones en la sexualidad prematrimonial, fue un orden que hacía a la vinculación sexual en la época victoriana. Dicha época es de nuestra relevancia ya que, fue cuando se incluyeron las emociones a los vínculos sexo-afectivos y al sistema

sociopatriarcal capitalista. Las emociones fueron vistas como fuerza vinculante, desplazando poco a poco las exigencias que imponía la familia para pautar matrimonios sin emociones ni amor en pos de la prosperidad económica familiar. Según Esteban (2011):

La experiencia amorosa como forma de interacción y vinculación, se compone de un cuerpo con sensaciones voluntarias e involuntarias, moldeadas en un discurso heterosexual que han de orientarse hacia ciertos objetos y no otros, generando la fantasía de diferencia, que compone límites y superficies como efecto de las emociones que genera el acercamiento o no, hacia el otro (p. 52).

El acercamiento a otros que nos invita a pensar en las emociones como las abordó Ahmed (2004), aquellas sin ser separadas del cuerpo, sino como las que marcan a este mismo, contando una historia, las enlaza con el tiempo para entender que, son una forma de conteo del mismo, impulsa a seguir hacia adelante orientándose hacia los otros, Illouz (2007) en concordancia refiere a las emociones que se plasman en el cuerpo, al igual que las manifestaciones de amor, quedan en evidencia a través de las experiencias de palpitaciones, tartamudeo, manos sudorosas, expresiones que se viven en los cuerpos, atravesadas por lo emocional. Conforman la fuerza para el movimiento de acercamiento o distanciamiento hacia un individuo, siguiendo la emoción producida. La gestión de las emociones, toma justamente, tiempo. Lo cual, también invita a pensar cómo las emociones se gestionan en lo volátil que se ha vuelto el terreno vincular.

La pertinencia de las emociones como discurso de género se encuentra implícitamente en juego, en un momento de potente fuerza social como lo tuvieron las industrias de consumo, como por ejemplo, de belleza. Nacientes ideales de qué es ser femeninas bajo nuevas modalidades, en respuesta y aprobación a las miradas de los hombres, de lo que demandan como hegemonía. Así mismo, las experiencias amorosas bajo un discurso heterosexual que proyecta hacia qué nos debemos orientar como sujetos heterosexuales y no otros. Ideales que marcan los cuerpos de cuidados estéticos, cuidados emocionales hacia los hombres y familias, presiones que compete a algunos nuevos e insaciables dictámenes de deber ser y presiones impuestas. Quedando comprendida la esfera de las emociones en la naturaleza de ser mujer.

Para el siglo XX, se comienzan a manifestar nuevos matices los cuales Coontz (2006) ayuda al seguimiento de este recorrido de momentos transformadores. La segunda ola del feminismo anglosajón a principios de los 60 hasta finales de los 80, situada en Estados Unidos y Reino Unido e impacto en demás países, con el objetivo de reivindicar la

sexualidad, la familia, el trabajo y el derecho al aborto; trajo poder desafiar y cuestionar la autoridad masculina en el hogar. Para esa época, la mujer ya formaba parte de la fuerza laboral como consecuencia que trajo las guerras mundiales, habilitando paso en la vida de las mujeres, a una postura más autónoma, formando parte ya no solo del hogar, sino también, de la esfera pública y laboral. En el contexto bélico los hombres se vieron obligados a abandonar el hogar para ejercer servicios militares, se posibilitó la exploración de relaciones extramaritales e incluso emergieron las relaciones prematrimoniales a través de las citas, lo que hoy conocemos como noviazgo. La tradicional vida doméstica dio un giro con esta “nueva mujer” que comenzó a salir de este espacio y a tener más posibilidades. Pero, al finalizar la Segunda Guerra Mundial trajo la incomodidad del retorno a la vida doméstica, el regreso a los hogares de los maridos en milicia, de cierta forma, implicaba el retroceso a viejas costumbres cuando ya habían experimentado una vida más autónoma.

Otro de los hitos relevantes que acompañaron los cambios fue la revolución sexual que abordó Coontz (2006), tuvo espacio y voz en la ola feminista, las mujeres cobran relevancia social como personas deseantes y sintientes de placer; con el surgimiento de métodos anticonceptivos obtuvieron mayor autoridad sobre sus cuerpos: el control de la natalidad permitió que la reproducción dejara de ser una obligación. Para el año 1970, las relaciones prematrimoniales eran naturalizadas, se derrumbaba el matrimonio como mandato social. Las mujeres comienzan a pasar más tiempo en soltería ya que, los antiguos mandatos se vieron derrocados, dándoles finalmente el espacio para concretar sus deseos de formación personal, académica y mayor confianza en sí mismas.

Para estos años, hombres y mujeres conformaban la fuerza laboral, derivando en una reorganización social. Finalmente comienza el declive del matrimonio, en 1980 los divorcios aumentan y cae abruptamente el número de parejas que decidían casarse, o volver a casarse tras el divorcio. El matrimonio comienza a elegirse más tardíamente, debido a la autonomía en crecimiento de las mujeres, y la toma de caminos por separados entre ellas y los hombres. Se normaliza la procreación por fuera del matrimonio y el mayor control de la natalidad con el auge de anticonceptivos que permitió cambios sociales en pos de una mayor libertad de elecciones y con ello, de individualidad.

En el siglo XIX con la modernidad, se caracterizó por haber tenido mayor sensibilidad dentro de la institución matrimonial; sin embargo, en el siglo XX la pasión amorosa tomó un rol central en las relaciones sexo-afectivas, impulsando la elección basada en el deseo individual. En consecuencia, la sexualidad pasó a estar domesticada y se volcó hacia la elección personal. Esta nueva modalidad debilitó la durabilidad del vínculo, dando lugar a la

(re)constitución de parejas. La aventura amorosa se (re)presentifica en aquel fenómeno que posteriormente analizaremos: en estos marcos que expuso Illouz (2012), la experiencia novedosa como elemento primordial, es actualmente parte característica de lo que, a nivel social es vincularse con otros y con ello nuevas modalidades de acercamiento.

El amor que presentamos, como elemento base que conforma y mueve hacia el vínculo sexo-afectivo está imbricado entre fuerzas en conflicto y deseos contrapuestos, lo que Illouz (2009) visualiza como eterno/durable frente a la naciente individualización y al abandono como el aumento de divorcios, motivado por nuevos deseos encontrados. La autora enmarca el amor contemporáneo como una estructura de proyectos de vida, concebidos como resultado de la búsqueda de realización e individualización; asimismo, señala el desplazamiento del orden moral característico de la época victoriana y de la clase burguesa, dando paso a la sexualidad dentro de los estándares para la selección moderna del amor.

Cabe destacar el aporte que realiza la autora hook (2021), para tratar el concepto amor, alude a la dimensión de crecimiento del yo y, crecimiento con el otro, entendiendo al espíritu como un todo, mente-cuerpo-alma, donde el maltrato y el amor no pueden coexistir. hook (2021) y Esteban (2011), coinciden en la importancia de proporcionar una definición clara sobre el amor, ya que solemos quedarnos “cortos” para su explicación y definición que, acompaña su falta de teorización. Se tiende a caer en el romanticismo o en su defecto, en algo a negociar.

Entendemos que, este amor que ha ido cambiando, aún mantiene la brecha entre varones y mujeres, dejando todavía a la mujer bajo pasividad y, en muchos casos de sumisión. Tomamos de este amor ciertos aspectos, por un lado la existencia de un “yo romántico”, cambios en el deseo y en la voluntad de querer. Aspectos que están a su vez, acompañados de cambios sociales y culturales con el capitalismo avanzado occidental, como la tecnología (Illouz, 2012, p.15).

Sin embargo, en esto de buscar entender los cambios que han transitado los vínculos sexo-afectivos se han presentado nuevos pensamientos y críticas al modelo tradicional que las sociedades victorianas y modernas tenían de acción para conformar el vínculo y mantener la institución matrimonial que, era el acuerdo esperperado como fin en la época, pudiendo aportar reflexión a una serie de comportamientos que se los encasillaba como amor, para desplazarlos en la dualidad que abordó Illouz (2009): mente-cuerpo, razón-pasión y la racionalización que más adelante le daremos forma. Estas dualidades brindaron mayor autonomía y decisión propia a las mujeres principalmente.

Consecuentemente, abrieron nuevos campos de modalidades de cortejo y selección de personas, con una impronta donde deja de ser principal el estatus socioeconómico para ser lo emocional, físico y sexual. Estos hitos habilitaron cambios en la forma de experimentar lo vincular.

Para finales del siglo XX, el auge industrial y tecnológico surgido tras los conflictos bélicos transformó profundamente las dinámicas de interacción que configuran los vínculos sexo-afectivos. Autoras como Illouz (2009) y Esteban (2011) destacan el papel de los medios de comunicación en la consolidación de ideas románticas que, ya en esta etapa del siglo, exaltan las virtudes del amor de pareja y contribuyen a perpetuar la brecha entre mujeres y varones. Esta brecha se instala en el núcleo mismo del amor y la sexualidad. El poder masculino, que históricamente se ejercía en el ámbito doméstico, se reubica entonces en el terreno de la sexualidad, especialmente en la capacidad de definir quiénes han de poder ser objeto amoroso y de deseabilidad. Esto se vincula con lo mencionado anteriormente sobre cómo los hombres establecen lo deseable y ejercen control sobre la expresión de los sentimientos románticos, influenciados por las narrativas amorosas de los medios de comunicación y digitales en crecimiento. Todo ello, atraviesa también el proceso de conocerse, lo cual nos invita a reflexionar como propone este ensayo, sobre las estructuras que sustentan estos modos de vinculación.

2.2 Cambios en la dinámica vincular: contexto posguerra y efectos del auge industrial

A partir del año 1950, enmarcado en un contexto posguerra cuando la idea del amor en el matrimonio ya llegaba a su pico más alto pero, aún mantenía la idea de un varón proveedor. A nivel económico el auge del avance industrial arrasaba proponiendo y exigiendo, a través del uso de la publicidad a su favor, dió lugar a modificaciones en el yo, en su moral, sus roles y deseos.

Aunque desde el segundo decenio del siglo XX, comenzaban a notarse cambios en las esferas culturales con la fuerza que adquiere el ocio y la comercialización de actividades que fueron romantizadas; por otro lado, las prohibiciones sexuales y la mirada familiar así como también, lo considerado inmoral sexualmente para la época victoriana, pierde su fuerza para ser un punto de curiosidades a explorar. Esto abrió las puertas a una mayor igualdad entre varones y mujeres respecto a la esfera pública y la sexualidad. Comienza el auge de la diversión y la entrada de la relevancia de las emociones intensas en el nuevo siglo, como requisitos para concretar citas, parejas, e incluso mantener el matrimonio “a flote”.

La industria de la publicidad comenzó a tejer un entramado que dejó consecuencias de forma colateral, lo que mostraba no sólo era el producto que se “necesitaba” sino también, la forma en que ese producto podría ayudar a mejorar, a la pareja, o a la mujer para ser deseable acorde a la mirada masculina. La necesidad del amor como base para el matrimonio fue para el consumo, lo que Illouz (2009) mencionó cómo, causar necesidades de consumo en función de movilizar la ansiedad en una época en que, el auge del matrimonio basado en el amor se vea amenazado de alguna forma: romantizando el consumo en pos del amor. Consecuentemente, la aparición de la publicidad comenzó a darle un marco distinto al amor, las imágenes fueron cambiando, Illouz (2009), se encargó de mostrar las diferencias entre las publicidades de 1900-1930 y 1989-1991, en el primer periodo de los tres decenios del 1900, se destacaba demostrar el lujo, se seguía postulando el cortejo como forma de llegar al otro. Para la segunda etapa de las últimas décadas del 1900, las publicidades mostraban lo que se creía necesario para tener valor de deseabilidad, aparece el ocio y la naturaleza como escena, sumando la escasez de detalles sobre la pareja puesta en escena: de una presentación que exaltaba el estado civil y la vida doméstica, cambió radicalmente a su alejamiento, en su contraparte se utilizó objetos que exaltaban la sensualidad entrelazado con la romantización del consumo en citas y consigo la mercantilización de lo romántico, pasando por alto ideas de compromiso. Se reemplazó por escenas de seducción, relajación, ocio, diversión y naturaleza. Estas publicidades dejaron de separar por género y clases sociales cuando se exponían escenas en momentos de diversión y en naturaleza. Al unirse el romance y la naturaleza, a su vez ampliando el mercado de consumo del turismo, de emociones intensas, alejado de la rutina, donde el conteo del tiempo se pierde, y se desdibuja la idea de consumo presente obnubilado por la búsqueda de placeres, intimidad y diversión en pareja. El amor y el consumo quedan unificados al deseo de libertad y emociones, sin distinciones.

En primera instancia, la pareja se asociaba a la vida doméstica; los productos electrodomésticos brindaron más tiempo a las mujeres y mayores comodidades, ayudó al desarrollo de una nueva lógica que Illouz (2009) enunció como “expresión del yo”. Esta lógica impartió ideas de belleza, lujo, elegancia, el gasto de dinero para citas y, para mantener la pareja. Aún así, se mantenía una disparidad entre varones y mujeres, donde el varón debía tener el alcance económico para esta nueva forma de acercamiento a las mujeres y estas debían tener elegancia, respaldada en el uso de productos de belleza. Los criterios sociales que tenían valor para la selección de pareja ya habían sido erradicados, lo cual dió paso a la libertad de elección, sin necesariamente estar sujetos a un intercambio económico entre familias en pos del fortalecimiento monetario.

El tradicional cortejo en el encuentro físico, donde la imaginación romántica que trae Illouz (2009) era una fuente de fantasías que nacen del recuerdo de la vivencia de las emociones implantadas en el cuerpo, de la lectura corporal del otro y reflexividad que se plasmaba hasta en una escritura; quedó debilitado. El encuentro romántico con el fin de contraer matrimonio con durabilidad pasa a ser, la búsqueda de experiencias placenteras y lo que atañe a lo novedoso de forma que, luego se vuelve repetida en las nacientes prácticas culturales de las citas.

El ocio no sólo nació por el consumo sino que también, se institucionalizó en 1920 como un derecho. Salones de bailes, restaurantes, cine, eran lugares propicios para el encuentro, para citas y divertirse en el matrimonio. Las bases del amor se basaban en la diversión, y esta misma requería cierto uso del dinero para costear esas nuevas formas romanizadas de la diversión en pareja. El ocio comenzó a ser parte del capitalismo avanzado. Lo que se mostraba simbólicamente postindustrialismo es una idea de consumo expuesta como “sencillez” y emotividad. Sencillez en el ocio de compartir en pareja momentos que alejaran de la rutina diaria, dándole ese sentido de romanticismo. El avance industrial automovilístico hizo su aporte para los cambios en las dinámicas sexo-afectivas, proporcionaba un entorno de privacidad escapado de las miradas ajenas, a su vez, habilitó la posibilidad de intercambios pre coitales en las citas (Illouz, 2009).

En este contexto, el amor deja de ser únicamente una experiencia íntima o espiritual, para transformarse en un fenómeno atravesado por los discursos del consumo, los objetos materiales y lógicas de mercado. La emocionalidad se vuelve funcional al capitalismo, siendo movilizada por la industria publicitaria para moldear deseos, generando angustias y configurando ideales afectivos que impactan directamente en las formas de vinculación.

3. ¿Cómo utiliza el capitalismo avanzado al amor?

El amor romántico fue utilizado como medio para reforzar aspectos de la ideología del capitalismo industrial. ¿Con qué mecanismos se entrecruzan el mercado y el amor, generando nuevas experiencias? La experiencia romántica pasa a estar determinada por prácticas económicas arraigadas culturalmente que a su vez, se trasladan a la esfera sentimental.

Este cruce entre el mercado y el amor se deja ver por dos mecanismos abordados por Illouz (2009), por un lado la romanización de los bienes a través de lo cinematográfico y la

publicidad que se encargaban de dar un ideal a su público. Y, por otro lado, la mercantilización del amor romántico que con sus prácticas amorosas se vieron entrelazadas en el consumo del ocio y más adelante de la tecnología. Uno de estos mecanismos fue, la aparición de las citas románticas que toman partido desplazando el área doméstica y generando tensión en el matrimonio. Las mujeres comienzan a sentir rechazo a las pautas restrictivas del matrimonio y femineidad ya que, para la época eran parte de la extensión de la fuerza laboral lo cual, hace que para ese momento podamos hablar de mujeres en goce de mayor autonomía y no necesariamente sustentadas por hombres proveedores. Con la entrada del fenómeno de las emociones, como lo nombró Illouz (2025, 07:00 min) a los vínculos, desglosando reacciones a los estímulos que marcaban nuevos deseos a nivel social y cultural, se esperaba del matrimonio una relación dónde prevalecía la diversión como parte de la institución, esta nueva exigencia generó un aumento de la tasa de divorcios y la prevalencia de la experimentación sexual pre matrimonio y el noviazgo. Dejándose entrever así, cómo se comenzaron a utilizar las emociones en la esfera económica cultural, la romantización de los bienes y la mercantilización del amor romántico fueron puntos de potencial impacto a favor del consumo.

La diversión se fomentaba ampliamente a través de lo que la autora denominó como actividades heterosexuales sociales a través del ocio, como las citas. Estas modificaciones culturales, sociales y económicas dan nuevo sentido a lo que se conocía por amor. La modificación en la esfera sexual trajo consigo que, las mujeres podían elegir como pasar su tiempo con el incremento de la igualdad entre hombres y mujeres en la esfera pública; las mujeres ya podían asistir a los mismos espacios que los varones y, tener vida sexual pre matrimonial fuera del control familiar.

En comparación a la época victoriana cuando se comenzó a incorporar el amor y las emociones a lo sexo-afectivo, particularmente era el amor a donde se llegaba a través de la moral, y funcionaba como un proceso de carácter extenso, les permitía conocer al otro y a ellos mismos, a través de la expresión de su propio yo. Para el siglo XX, el amor pasa a ser un valor en sí mismo, cambiando esta ecuación planteada, a ser una forma de alcanzar la felicidad pero de carácter individualizado y de la esfera privada (Coontz, 2006).

El aspecto de reserva moral y sexual victoriana se reemplaza por la visibilidad de conducta romántica con besos y contacto sin coito en áreas públicas. El auge de esta nueva expresión vincular desplaza y se opone al matrimonio y el amor romántico dotándolo con una nueva visualidad. Con la publicidad como se encargó de ilustrar Illouz (2009), fomentaba la búsqueda de emociones y satisfacción del placer promovió una nueva manera

de vivir el romance y con ello, el matrimonio se comienza a dotar de una idea de aburrimiento, la vida doméstica como carente de emociones intensas que podrían encontrar afuera. El hogar deja de prometer garantías. La sexualidad es ahora lo que comienza a dar garantía para mantener el vínculo, desdibujando la vida doméstica. Las mujeres pasan a estar presionadas por la idea del atractivo físico y la seducción.

La autora Illouz (2018), en *El fin del amor* aborda que, tras la reivindicación de la autonomía emocional como contenido del amor, fue un potente impulso de cambio social. El extenso cortejo es desplazado por la imagen visual y la búsqueda de la satisfacción inmediata del placer dejando en consecuencia, el amorío. El amorío constituye esa instancia de cita enmarcada en, placer, aventura, ocio, emociones intensas, en pos de un placer para ambos sexos. Se deja entrever con formas mas acabadas, el reordenamiento del proceso de vínculos sexo-afectivos.

Las nuevas exigencias como la seducción y la atracción sexual generó lo que Han (2014) llamó la autoexplotación bajo la constante optimización del sujeto, donde la intensidad de emociones es lo que dicta la elección, genera vínculos de corta duración, ya que las emociones, a diferencia de los sentimientos, no poseen durabilidad. Esta lógica de optimización del yo, se entrelaza con lo que Illouz (2009) identifica como el “mercado emocional”, donde el valor afectivo se mide en términos de intensidad, satisfacción y novedad, convirtiendo al otro en un objeto de intercambio más que en un vínculo duradero. En este escenario, la durabilidad del amor se ve desplazada por una economía emocional basada en la inmediatez y la constante evaluación. La imaginación nace ahora de la vivencia de emociones intensas y con ello, el deseo constante a lo novedoso, impulsado por la utilización del deseo desde el capitalismo.

3.1 Nuevas aristas que se entrelazan en el terreno sexo-afectivo: individualidad, autonomía emocional, sexualidad y consumo

Tras la transformación de viejas tradiciones, el derecho a poder elegir la pareja amorosa y sexual se convirtió también en derecho a plantear los sentimientos como individuos autónomos. Para 1960, las emociones fueron parte del argumento para mantener contacto físico, sexual y por ende, de carácter individual. Este último marcó unas lógicas con ciertos límites de acercamiento al otro, procurando el bienestar propio y con la lógica de autocuidado. Bauman (2007) enunció la llamada vida de bienestar constante que se vuelve en estado inacabada, donde se busca evitar lidiar con el sufrimiento.

La autonomía emocional que presentifica Illouz (2018), tuvo su fuerza con el consumo pero por otro lado, con la emancipación de las mujeres, esta lucha por la libertad sexual se relaciona con la libertad emocional, ya que, habilitó el poder de elección propia de pareja y ya no de la familia por acuerdos económicos. Lentamente la sexualidad pasó a ser una actividad recreativa, desplazando la principal finalidad tradicional de reproducción. A su vez, ocupó el centro de lo visual con la ayuda de las industrias de belleza, cine y publicidad . Esta libertad sexual tomó forma por otros medios como, anticonceptivos, sexología, aparición de juguetes sexuales y el porno. Este último como el más potente respecto a las nuevas pautas visuales y fragmentadas de la sexualidad, abriendo paso a la mercantilización de los cuerpos.

La pornograficación del sexo fue acompañada con la famosa revista Playboy en 1953, con un fuerte impacto por sus componentes: mujeres de ciertos rasgos definidos, el dinero opulento y el hombre como base de poder económico y de decisión, el cuerpo de las mujeres como objeto a ser expuesto y deseado. Illouz (2018) proclamó en sus análisis, cómo la pornograficación configuró nuevas pautas de compra multifacética del sexo. Las industrias visuales asumieron la tarea de proveer imágenes de cuerpos que estimulaban el deseo de los espectadores. La sexualidad transformada en un medio de realización del bienestar y del placer pero, situada en un mercado controlado y dirigido a los hombres, en un sitio de experiencias y consumo, lo cual hizo de la sexualización una experiencia de dominación para una parte y de humillación para la otra.

Hay una fuerte intersección entre capitalismo y patriarcado, para ejercer su poder en los cuerpos de las mujeres, psiquis y emociones, con la intensa sexualización que comenzaron a vivir con las industrias publicitarias. La mitificación de la belleza, puso sobre las mujeres más presiones del deber ser. La “sensualidad” y la acumulación de experiencias sexuales eran carácter de poderío individual, se desplazó el poder masculino del hogar a la sexualidad, con una distribución desigual de exigencias según género.

Esta esfera con sus propios términos, cuando el tradicional encuentro sexual era consumado al final del proceso de cortejo quedó posicionado al inicio del mismo; marcando el comienzo de una nueva dinámica: Illouz (2018) describe el sexo casual. Su característica que más destacó y marcó nuevos términos fue la no implicancia de obligaciones ni la obligatoriedad de comenzar un proceso a entablar un vínculo sexo-afectivo, sino que, es el encuentro para la experiencia en sí misma, para el goce sexual.

El sexo casual, eliminó algo que ya desde la entrada de las emociones en el siglo XX se comenzó a poner en juego: se rompen tabúes, se eliminan fronteras sociales, étnicas y religiosas que antes impedían el intercambio, hasta el acercamiento. A su vez, el sexo casual acompañaba muy bien la velocidad del consumo, se volvió mucho más evidente con el uso de la tecnología de internet y más aún, las aplicaciones de citas. Por ende, el sexo al estar al inicio del encuentro reformuló la estructura y las dinámicas de los vínculos sexo-afectivos, su desenlace se desarrolla en terrenos donde prima la incertidumbre por sus características, al ser la finalidad el placer en sí mismo, el cuerpo queda apartado del yo; consecuentemente el encuentro queda debilitado en reciprocidad y, mucho más en la visualización de emociones y sentimientos.

Resulta interesante aclarar que, a pesar de la liberación sexual que incluyó a las mujeres, el sexo casual concordando con Illouz (2018), se ha asociado más como manifestación masculina de la sexualidad, primero, los hombres han podido gozar de privilegios como el disfrute sexual antes que las mujeres, el estatus conferido para los hombres frente a otros hombres respecto a la acumulación de experiencias sexuales o, el poder mantener vínculos engañosos con las mujeres, es el de poder; en las mujeres a lo sumo se le confiere la ambigüedad, o signo de estatus inferior. Sumado a esta desigualdad, la sexualidad de las mujeres implica un riesgo más alto, ej: anticonceptivos, riesgos en abortos. A su vez, el sexo casual confiere poder en lo que atañe a la capacidad de desapego emocional, lo cual hace una característica de la masculinidad hegemónica, separar lo emocional de la sexualidad. En el intento de la lucha por menos desigualdades ha hecho que las mujeres reivindiquen ese desapego como forma de vincularse.

En este marco donde el sexo se volvió una experiencia sin obligaciones de uniones tradicionales, en contexto de la individualización de los seres y la invitación al consumo para la sexualidad, tanto Illouz (2007) como Han (2021), concuerdan en la llegada de la pérdida de la pasión, se la evita porque no permite en términos vincular, que el individuo siga siendo uno solo. La marcada exclusividad que hacía a las sociedades del siglo XIX, que eran regidas por la economía de la escasez a su vez, daba expresión a la pasión romántica, lo que con las nuevas experiencias en torno a la sexualidad unida al consumo, se rige por la economía de la abundancia, Illouz explica así, cómo nacen las emociones silenciadas con el impacto de estímulos en Internet, dificultando enraizarse en los cuerpos en un encuentro de pantallas. Esta apología de libertad generó en consecuencia, un mecanismo donde quedó habilitada la mercantilización de los cuerpos.

Se propone que, la aparición de una nueva fantasía que encarna la idea de individualismo, y de manera colateral el abandono al compromiso en términos sexo-afectivo ya que, es una amenaza al ego y su bienestar. Esta fantasía fue abordada por Tenenbaum (2019), cuya idea recae en especie de apología al sexo, desprovisto de reconocimiento del otro como sujeto capaz de sufrir (p. 66).

Para intentar comprender esto, se alude a algunas de las consecuencias como consumidores. La invitación a un estilo de vida en el cual la novedad, la invitación del deseo constante acarreado por las industrias que ayudaron a la mercantilización de la sexualidad, los cuerpos y la exposición, hizo la variedad de poder elegir en un mercado ahora abundante. En la lógica de tener en resultado estado de liviandad, siguiendo su curso en pos de que nada interrumpa ese bienestar y, su búsqueda en tanto autorrealización individual.

Su resultado refleja la constante evaluación previa a la hora de conseguir un objeto, y así mismo con las personas se aplica la misma evaluación, en tal caso se da, priorizando qué tanto placer podría proporcionar y, generando cierta distancia para con el otro, evitando la dependencia ya que, la presencia del otro hace una manera de acompañar en lo que decide el sujeto como individuo, como uno solo. La libertad, siguiendo la lógica de Bauman (2007), se ha proclamado como un deber ser donde el compromiso se ve y se vive como ataduras, obstáculos al crecimiento de la individualidad. En este marco, la cultura de consumo junto a su nueva etapa de desarrollo de aplicaciones románticas y sexuales en internet dejó un terreno incierto, causando la dificultad en los actores mismos de las relaciones para dejar entrever cómo llevar adelante o entablar un vínculo.

Para concluir, Iglesias (2023) explica como se chocan entre sí estas nuevas aristas en juego que rodean lo vincular sexo-afectivo en términos de lógica que ha utilizado el autor Han (2021):

La angustia del sujeto sumido en la incertidumbre no deriva aquí de la sexualidad promiscua, como podía ser en el sistema-cortejo premoderno, sino de lo que el exceso de aquella no permite: deriva de las mismas emociones cuyos efectos vinculantes se perciben como una amenaza para el imperativo capitalista de la autonomía. La vida interior del usuario se vuelve indeterminada, incapaz de reconocer sus sentimientos, en perpetua búsqueda de satisfacción que, sin embargo, no alcanza. La libertad sexual entra en conflicto y compite con la libertad emocional. Esto explica la deriva de la norma sexoafectiva hacia el no-vínculo (p. 4).

La incertidumbre aparece en esta reformulación del marco de los vínculos sexo-afectivos, donde dejaron de primar reglas claras y obligaciones sociales, familiares, y prima las emociones como medio libre de acercamiento con el otro, la incertidumbre pobló la psiquis de impactos psíquicos directos como la incomodidad, ansiedad y hasta inseguridades, generando angustias. Lo predecible que implicaba el proceso de cortejo, como el noviazgo y/o el matrimonio quedó desplazado.

Las industrias visuales como se mencionó anteriormente, acompañaron la velocidad del consumo que tuvo su mayor potencia con el internet. El auge del uso de plataformas digitales para el acercamiento generó una reformulación vincular.

3.2 Reformulación vincular en la era digital:

Para la fecha de 1990 con el avance tecnológico, en contexto de una mayor apertura en la trama de la sexualidad. El uso de la red, como tal, se adentra en la vida privada como un medio que, en un inicio apuntaba principalmente a concretar una cita para llegar a la pareja, para ser hoy un medio de concretar encuentros que giran en torno a lo sexual.

Cinco años más tarde, aparece la primera aplicación [Match.com](https://www.match.com) para concretar encuentros o citas. De los encuentros en espacios de ocio y consumo, como bares, espacios públicos, empiezan a ser desplazados para tener forma en un espacio digital. El uso de este tipo de aplicaciones abre paso a un devenir transformador subjetiva y vincularmente. Dicha aplicación se basaba en la creación y edición de un perfil para entrar a este mundo digital, implicaba la descripción de ciertas aptitudes y omisión de otras, en pos de “coincidir” según estas clasificaciones para concretar primero un intercambio virtual, buscando reducir los riesgos al mínimo para un bienestar que no termine obstaculizado.

Han (2021) denominó las sociedades de clase digital, las cuales se mueven con la estimulación del *me gusta*, siendo una nueva manera de explotación del ser, en pos de ser seductores para alcanzar el *me gusta* de los espectadores. La idea de la libertad del individuo, junto al individualismo, entra de una forma sutil a la psiquis, moldeando un nuevo entramado de dominación que ha modificado consigo lo vincular para que sea también una estrategia de consumo veloz que acompaña la fuerza de consumo.

Más que dismantelar la lógica de mercado, la red funcionó como catalizadora de su infiltración en la esfera de los vínculos sexo-afectivos. Esta lógica provee lo que Illouz (2012) acuñó como hiperestimulación y sobreinformación, pasando de, una economía de la escasez, donde el encuentro se producía en primera instancia, se permitían apreciar los

gestos, detalles, como forma de captar la atención de quien se quisiera que fuese el amado, a ser una economía de la abundancia, dejando a la elección en un mundo de acumulación de opciones, donde la demasía de ofertas afectan ampliamente la capacidad de reflexión, conociendo en esta era, de una forma “instantánea”. El avance de esto trajo consigo el conocimiento del otro, dividido por lo sexual y lo emocional.

El hito de los celulares ayudó a conectar a quienes se encuentran a distancia, consiguiendo un uso disruptivo y en constante crecimiento que incluso marcó, la distancia en la presencia. Creando en esta distancia, nuevas subjetividades, nuevas formas de presentarse. La red abrió un mundo que se le puede llamar de economía: no se arriesga tanto a la hora de vincularse, la entrada y salida a la vida del otro es un flujo de constante impermanencia de estar y no estar. Presencia y ausencia en un mismo terreno/dimensión.

4. De lo insaciable: redes digitales

Específicamente con el uso de las redes sociales, el incremento de oportunidades latentes y activas, la autora Illouz (2012) menciona que, “...induce a modificaciones cognitivas importantes en la formación de las emociones románticas y en el proceso de fijación con un solo objeto amoroso.” (p. 124). Siguiendo esta línea de pensamiento, podemos hablar de la hiperconectividad virtual que atraviesa hoy lo vincular, de la mano del individualismo extremo que trajo el capitalismo, es hoy lo que Vasallo (2019) caracterizó como una conexión entre capital y lo amoroso.

Los sitios online de citas han facilitado la búsqueda de personas con los calificativos acordes a lo que se desea, buscando lo que Illouz (2012) apodó de “la mejor oferta”, dándole la connotación de objetivización de los individuos en estos medios (p. 238). Abrió una nueva vertiente de alcance hacia el otro que, a su vez genera modificaciones subjetivas y con ello, malestares enmarcados en aquellos que se encuentran determinados bajo sistemas sociopatriarcales capitalistas donde la jerarquía y norma en términos de generalidades se expresa en relaciones sexo-afectivas heterosexuales.

Esta apertura de intercambio facilita a su vez, una velocidad de cambio de parejas y parejas sexuales, abriendo la instancia de comparación entre personas (“ofertas”). Las formas de evaluación entraron en conflicto con el amor tradicional, en el cual según este, es imposible conocer al otro por medios racionales ya que, está fundada en un conocimiento basado únicamente en atributos del otro. Esta densidad de información genera a su vez, una imaginación individualizada entre los sujetos y las pantallas. Las parejas y los encuentros

por medio de lo online genera una mala suerte de lo superfluo y volátil, haciendo el estar con el otro en característica de lo frágil. Como efecto colateral en todo esto, deja un profundo cambio en la estructura del deseo. “La imaginación hipermoderna, es el deseo de estar en un estado de deseo constante.” (Illouz, 2012, p. 303).

La integración de las tecnologías al terreno de lo sexo-afectivo generó cambios abruptos en la intimidad con todo lo que su dimensión conlleva. Podemos generar un momento reflexivo poniendo en participación el fenómeno Tinder con su aparición en el año 2012. Esta aplicación se encarga de dar libertad en la búsqueda de elección de pareja, o sexo casual, amistades y diferentes expresiones sexuales. La imagen digital es su base principal como mediador para la elección, esta presentación de la persona resulta muchas veces, como menciona Linne (2024), tildada por los mismos usuarios de “engañosa”, ya que una imagen no muestra la integralidad completa del sujeto, resultando en carácter dudoso, frente a lo que toma relevancia hoy, el aspecto físico. Los encuentros mediados por esta app resultan en reiteradas ocasiones en frustraciones por diversas expectativas que crea el medio digital, generando consigo una especie de abismo a la búsqueda insaciable de algo mejor en el catálogo de Tinder. La búsqueda insaciable de algo mejor abrió la problemática de desestabilizar el deseo. En este contexto de mercantilización afectiva y sobreabundancia digital, el deseo ya no se dirige a un otro singular, sino que se convierte en deseo de desear, como motor autogenerado y perpetuo. Esto redefine el compromiso y la noción misma de amor.

4.1 ¿Cómo se habita el deseo en un terreno que se vislumbra volátil?

Para adentrarnos en la nueva estructura del deseo, es pertinente indicar lo que conforma al concepto de deseo entonces. Podemos partir entendiéndolo con las características que dicta Tenenbaum (2019), como el deseo multiforme, diverso y variable. Aunque en las sociedades de por lo menos dos siglos atrás, el deseo se mezclaba con eso que se llama amor romántico, teniendo su acabado en la etapa del enamoramiento, cuando se anhela “todo el tiempo” la presencia del otro. El deseo es como un motor, de necesaria preparación para que tenga su impulso de ser.

Abordando el deseo desde el campo de la sexualidad, es un estado de disponibilidad. Aunque este estado, es fluctuante, acompañado de esa forma multiforme, dinámica y diversa, la psicóloga y sexóloga Ce (2024) agrega al deseo el rasgo inacabado, y ahí radica un punto decisivo para el compromiso en los vínculos sexo afectivos, lo que se hace con ese deseo que no tiene fin. Al deseo lo compone ese movimiento que no necesita de mayor información para devenir, sino que, todo lo contrario, se gesta, aumenta de aquello que aún

no se tiene, que se anhela y justamente se desea tener, pero la volatilidad, fugacidad y velocidad ha dejado al deseo sin espera, quedando desintegrado de sus características propias.

En consecuencia, ahora se desea el desear, la alta velocidad del intercambio mismo entre individuos deja al sujeto parado frente a una insaciable satisfacción, con un anhelo de que a quien se desea deja de ser algo a expandirse, ir más allá, la entrega del yo ha quedado deteriorada. El amor, como explica Illouz (2012) iba acompañado del deseo de expansión junto al otro. La encarnación de lo instantáneo deja solo el poder malear las emociones intensas, lo descartable, al uso de cuando se desea. Quedando el individuo anclado a una inestabilidad de los deseos frente a un flujo voraz de abundancia de estímulos. El deseo ahora, ha sido utilizado como un gran eje de control mercantil, como explicó Bauman (2007) donde se lo explota como estrategia del mercado, quedando saturado incluso dentro de lo vincular.

El mérito radica ahora en la capacidad que tenga la persona en captar hábilmente cuantas oportunidades tenga en el campo sexual, alterando la capacidad de interpretar los sentimientos como seres capaces de ser afectados y afectar. Según Illouz (2012):

La abundancia sexual causa de la tecnocracia y nuevas costumbres, afecta el deseo en forma de desear y al deseo de desear. En cierto sentido, lo que está en juego es la estructura del amor y del deseo en su relación con el núcleo mismo del yo. Según Harry Frankfurt, el amor y el afecto conducen intrínsecamente al compromiso, que a su vez es un componente o una dimensión de la voluntad, una estructura cognitiva, moral y afectiva que nos permite vincularnos con un futuro y renunciar a la posibilidad de maximizar nuestras opciones. (p. 122)

5. Amor posmoderno:

Proponemos entonces, el amor posmoderno compuesto de características que trabajó la autora Illouz (2018, 2009, 2007) y que se acompañan entre sí:

- a. La racionalización como una característica que se desgloza en la dinámica sexo-afectiva, Illouz (2009) contrasta con el amor tradicional que incluía el “amor a primera vista” que ha sido desplazado, dejó a este último como un sentimiento y emoción irracional, guiado principalmente por un deseo sexual que en época victoriana se encontraba bajo prohibiciones de la moral; con las sociedades posmodernas esto deja de existir y tener valor moral para crear un vínculo, tildándolo

de carácter inconsciente o desmensurado, gracias a la visibilidad de la sexualidad, la aparición del noviazgo y el amorío, así como también, de las citas, la experimentación sexual y el autoconocimiento se torna de un valor mucho más elevado, haciendo de lo “inconsciente” del amor a primera vista, algo a evaluar conscientemente.

La racionalización toma aún más potencia con la incorporación del capitalismo avanzado en el cual se hizo habitual la evaluación de ganancias y pérdidas frente al otro y a su vez, la ambivalencia entre el “frenesí de la pasión” y este control de evaluación con una lista marcada de atributos que se ha de enfrentar a la creciente individualización que ha desplazado de alguna manera lo pasional del ya viejo amor tradicional, caracterizándose también con el uso del ocio para el consumo:

- b. La liminalidad del ocio como otro componente que toma Illouz (2009), encuentra su lugar en la participación plena del vínculo, la relación queda sujeta al ocio como demostración de “romanticismo” y forma de valoración de los encuentros amorosos, incluso en la vida diaria quedó arraigada en parte a lo que hace el proceso de pareja e incluso su durabilidad en el tiempo. Las modalidades de expresión del romance, las muestras de amor se transformaron en manifestaciones a través del consumo del ocio emergentes en 1930. La cita en público implicó e implica aún, el uso de las cosas, lugares espaciales y geográficos romantizados. La asistencia a bares, cines, restaurantes, la gastronomía en general, se tornó una forma de manifestar lo especial de estar en presencia con el otro, parte del proceso de seducción, salir de la rutina de la vida cotidiana, dándole un sentido de emoción y expresión ritualizada de carácter romántico. Se tornó problemático, incluso como falta de “chispa” el dejar estas actividades de ocio de lado. Resulta interesante aclarar que, todo esto enmascara las nuevas exigencias del capitalismo avanzado, implicando las exigencias de dar uso a cierto capital para estas actividades y, dejando de lado los actos más tradicionales de cortejo como por ejemplo, la expresión en la escritura como, las cartas.

Entonces, de actos para cortejar y demostraciones tradicionales del amor que no implicaba la “necesidad” de habitar el encuentro como consumidores, pasó a ser un medio de manifestación para el acercamiento e incluso forma de expresión del amor a través del consumo y salpicado de la romantización de los objetos.

- c. El amor posmoderno ofrece también el componente de la libertad de elección y selección de con quién se quiere un acercamiento y vinculación sexo-afectiva. En la multiplicidad de deseos se genera el conflicto de la renuncia a la constante búsqueda de “algo mejor”. La presente pasión muchas veces se confunde con los sentimientos en evaluación que se tornan angustiantes. Tanto Illouz (2009) como Bauman (2007) coinciden en que la búsqueda de autorrealización individual, ha tomado ventaja como característica que pone frenos y barreras en lo amoroso pero dicotómicamente da autonomía. El autoconocimiento en pos de un bienestar y cuidado propio, psíquico y emocional deriva en una complejidad interna para desglosar y buscar entender esos sentimientos. El intento de interpretación se ve alterada de forma colateral por la racionalización.

En aporte con estos autores, Sicilia y Serra (2018) caracterizan la organización social del amor que continúa siendo la base del patriarcado occidental, las mujeres quedan subordinadas a roles y expectativas así como, exigencias distintas que atraviesan el ser según las funciones de género. En esto de acaparar la cantidad posible de oportunidades, se pierde la capacidad de conocer al otro, tornándose el vínculo frágil y hasta superfluo, dejando de tener vida más allá de la fase del enamoramiento acompañando la costumbre de velocidad y “liquidez” que han desarrollado las mencionadas sociedades.

- d. Illouz (2007) aborda la nueva configuración del yo, descorporalizado. Encuentra en las redes sociales un escenario óptimo para desplegarse, donde lo afectivo se ve mediado por algoritmos, likes y estética. En este marco, el amor pierde su cualidad de proceso dialógico y se transforma en un intercambio de impresiones, más que de presencias. A su vez, este yo encuentra sus limitaciones en rasgos de desigualdades por culturas que se han encargado de dar una educación asignada según género, la educación hacia el varón está en que pueda desglosar su virilidad y poder sexual, la paradoja del poder del hombre actual, su poder solo se ha desplazado de campo, no se ha debilitado ni erradicado en pos de la igualdad. A través de este desplazamiento Freijo (2022) coincide con la autora en que las mujeres se encuentran en posición de ser deseadas, de querer ser deseadas, como objeto sexual, tomando para ello atributos asignados socialmente como potenciadores para conseguir ese deseo.
- e. La hegemonía masculina que conceptualiza Illouz (2018) asigna a los varones como sujetos proveedores, ya no desde el ámbito doméstico, ahora su poder se ve reflejado en el campo sexual, el cual deja a la mujer ubicada en situación de espera,

la espera por la acción de dar inicio al amorío. En cuanto al ámbito económico, se estima que sea ese hombre proveedor el que se encargue de los costos que conlleva la liminalidad del ocio, dando principio y fin a esos encuentros.

Entonces las expresiones del amor y sus malestares se pueden ver reflejados en las nuevas modalidades de acercamiento a otros, lo considerado valioso como parte del proceso de la vinculación con la romanización del consumo. La racionalización que habilitó mayor autonomía a las mujeres pero, las masculinidades hegemónicas que han de reflejar su poder en el campo sexual siguen marcando las diferencias de género.

5.1 Nuevas subjetividades:

La ausencia corpórea tanto del yo como del otro da lugar al mencionado proceso de “descorporalización”, que Illouz (2007) utilizó al abordar una problemática contemporánea que produce, y continúa produciendo, un yo atravesado por el sufrimiento. En este sentido, resulta pertinente retomar las contribuciones de hooks (2021), ambas destacan la dimensión corporal de las emociones, para comprender cómo lo virtual genera una experiencia marcada por la falta de presencia física. Esta carencia no solo altera las formas de vinculación, sino que también redefine la construcción del yo.

Con el nuevo siglo y las tecnologías, el yo se descompone, ahora Illouz (2007) describe un yo de manera categorizado, catalogado, mercantilizado, montándose, manipulando, en aras de causar una impresión y su manejo para complacer y seducir. Con esto podemos dar cuenta de lo engañoso que aludimos anteriormente de las aplicaciones de “levante” como menciona Linne (2020) ya que, es una fuente de información manipulada en donde la presentación a través de la fotografía es el objeto a evaluar, quedando el yo anclado a la racionalidad de selección. Cabe destacar en resultado, el importante cambio para la sensibilidad romántica.

En el encuentro entre dos personas se puede apreciar la información que reciben nuestros sentidos, dada de forma explícita y lo que se delata: la risa, el andar, los gestos, las miradas, el tacto, la temperatura, la respiración, el timbre de voz, proporciona una información de tal valor que, determinará si podemos o no estar con esa persona, dejando de tener control de manera racionalizada en este gusto o no hacia el otro.

Lo que deja Internet es la socavación de la capacidad de negociar con nosotros mismos entre aquella integración completa del ser con lo que atrae y lo que no, Internet muestra y vende lo que sí ha de atraer y seducir. Como portamos el cuerpo en el mundo permite desencadenar fantasías románticas y sentimientos, algo de lo cual Internet vació, la

capacidad de imaginación en contexto de percibir. Y es que respecto al amor, su forma más brillante se encuentra saliendo al encuentro del mundo. Internet ha proporcionado una imaginación que está lejos de basarse en lo corpóreo e intuitivo del encuentro (Illouz, 2007).

Castoriadis (1975) plantea el concepto de magma como una construcción imaginaria que atraviesa a la sociedad, sin poder reducirse a las partes que la componen. Este magma representa un conjunto de significados compartidos colectivamente, que influyen en la manera en que las personas configuran su identidad y se vinculan con los demás. Además, se manifiesta en la esfera pública, donde la vida privada, las emociones y las experiencias íntimas se vuelven visibles y adquieren sentido social.

El mundo de Internet podemos decir, dejó el regalo de conexión y relacionamiento a distancia, causando una suerte de sentido de cercanía para la mantención y creación de vínculos, como también dejó fuentes de redes de apoyo y ayuda mutua a nivel colectivo, pero así mismo, sin alejarnos mucho más, en el ejemplo de las redes sociales y el uso de aplicaciones de citas, dejó una incompletud, el resultado de vastas experiencias catalogadas de engañosas y, un vacío de recursos emocionales y de interpretación de lo corpóreo, como nuevos malestares latentes.

A pesar de las luchas por adquirir más igualdades las mujeres frente a los hombres, podemos decir que, aunque haya dejado de ser obligatorio el matrimonio por acuerdos familiares en pos de la mejora económica familiar, a pesar de haber adquirido el derecho a trabajar, el derecho a votar y ser mujeres capaces de elegir su pareja sexo-afectiva, estas últimas se siguen edificando bajo valores que perpetúan brechas de desigualdades, que se han desplazado al centro de la sexualidad, donde la economía crece a costas de la mercantilización de los cuerpos, la romantización del consumo, la pobreza femenina con la invisibilización del trabajo de cuidados, la explotación del deseo, ideas hegemónicas y ansiedades que se encarnan a raíz de terrenos inciertos.

6. Conclusiones:

Las nuevas dinámicas:

A partir de los momentos históricos que marcaron cambios a nivel social, trajeron nuevas libertades de poder ser y de expresión en comparación a las décadas y siglo anterior, las mujeres han podido ser partícipes de vida social, pública y política a través de actos revolucionarios. Pero aún así, han surgido nuevos malestares y su enunciación. Los

privilegios masculinos han adquirido mayor potencia en otros campos, como en la sexualidad, la autoridad ahora se implanta en los cuerpos de las mujeres de manera que, dicta cómo han de ser las mujeres, fragmentando el cuerpo y exigiendo en términos de belleza hegemónica, implantando nuevas ansiedades que se mueven en búsqueda de lo inalcanzable, enraizando a su vez, las costumbres de las comparaciones que resultan angustiantes.

La masculinidad mantiene el poder de dar inicio y fin a los encuentros, amoríos e intercambios, incluso en las demostraciones de emociones y sentimientos, las mujeres han quedado a la espera por su desapego emocional que atañe a los rasgos hegemónicos masculinos. Las consecuencias que deja este desapego emocional es las ansiedades e incertidumbres de vincularse sexo-afectivamente, donde las mujeres están en resultado aun en desigualdad.

Bajo estos marcos, la comunicación como parte esencial del vincularse, por ende, de carácter holístico que compone al amor de hook (2021), queda dificultado en un mundo que atañe a pantallas, aprobación de espectadores, potenciales competencias y las búsquedas de mejores ofertas como parte de la autorrealización individual. La comunicación, se desdibuja en el momento que entra en falta la capacidad de reconocimiento de los propios sentimientos y emociones, que es por un lado, consecuencia de las nuevas dinámicas vinculares y de la racionalización que Illouz (2009) pone en resultado.

La era digital en lo sexo-afectivo:

Es fundamental reconocer la relevancia del hito digital como un entramado que ha transformado las formas en que, hombres y mujeres se posicionan, construyen sus identidades, y cómo se expresan. En este contexto, las redes sociales son un medio para definir y reproducir ciertas actitudes y atributos según género que influyen en la aceptación social y refuerzan las brechas de género. Reproduciendo la búsqueda de reconocimientos de las personas y así mismo, de los vínculos, re(configurando) la simbología del amor en un mundo virtual.

Las nuevas configuraciones que hacen ser los vínculos en esta era digital abre nuevas grietas, como el fenómeno del ghosting, que refleja formas emergentes de desconexión afectiva a través de la entrada y salida de las vidas por medio de lo digital, específicamente quitando la comunicación de formas abruptas. En consecuencia, frente a esta desconexión deja anclado la ansiedad vinculada a la espera de respuestas.

Este nuevo escenario redefine las reglas implícitas, afectando la manera en que conocemos y nos relacionamos con el otro. Como menciona Bauman (2020), se ha vuelto de carácter líquido, el amor que compone estas relaciones está en un terreno volátil que la inmediatez de satisfacciones no deja espacios para esperas, las demostraciones se han tornado en romantización del consumo, generando manifestaciones románticas en necesidad del consumo.

La hipervisualización en redes sociales también genera comparaciones constantes y expectativas, lo que potencia malestares derivados de las diferencias entre lo que se muestra y lo que se vive realmente. En definitiva, la tecnología amplía las posibilidades de establecer y deshacer vínculos, pero también instala nuevas dinámicas y desafíos, amalgamando consumo, deseo, pasión y sexualidad de formas confusas.

La autonomía:

Las emociones encuentran en la actualidad nuevos espacios para expresarse, aunque atravesados por la racionalización y su deje de desencanto. Esta racionalización de Illouz (2009), que jerarquiza y ordena las emociones, debilita la creencia en el amor romántico y reduce su intensidad emocional. El movimiento feminista ha impulsado esta racionalización como un camino hacia la autonomía femenina, otorgando a las mujeres un espacio de libertad en las sociedades occidentales patriarcales.

Este proceso ha permitido separar la pasión de la razón, y la esfera sexual del amor, facilitando encuentros sexuales sin implicaciones tradicionales como el matrimonio o el “amor a primera vista”. Aún así ha proporcionado la reflexión y consciencia en vez de perpetuar el tradicional “amor a primera vista” y consigo la desafectivización, quitando potencia al sentimiento.

El entrecruzamiento entre la tecnología, el amplio consumo y la racionalización, se ve al permitir la elección rápida y eficaz del otro a través de plataformas digitales, al tiempo que diversifica las formas del vínculo, incluyendo citas, encuentros efímeros y relaciones no convencionales, así mismo sin llegar a compromisos como el noviazgo. Se han generado innumerables matices en lo que compete al vincularse.

A luz de estos cambios dados con la autonomía, que han adquirido las mujeres en el terreno sexo-afectivo, dejaron cierta tensión en el cruce y choque que se dan las esferas de la vida, lo vincular, los cuidados, la racionalización, el consumo, la ola de deseos que buscan interminablemente alcanzar por las exigencias constantemente en renovación del capitalismo avanzado, generan tensiones que se vuelven difíciles de palear.

La brecha en la sexualidad:

La libertad sexual y emocional, junto con la autonomía, traen aparejados efectos paradójicos que, saben esconder relaciones sociales donde una se beneficia de la otra. Según Illouz (2012), la “pornografización” de la sexualidad ha mercantilizado el deseo y las fantasías, coincidiendo con hook (2021) sobre la percepción del cuerpo fragmentado que ha desintegrado la concepción de la persona como una unidad integrada de alma, mente y cuerpo. Esta mercantilización opera dentro de un sistema patriarcal que mantiene la sexualidad como un espacio dominado por los hombres, relegando a las mujeres a un valor asociado a la apariencia física y la validación de la mirada masculina.

Este contexto genera profundos malestares diversos, caracterizados por las inseguridades que generan las presiones y exigencias hegemónicas, la ansiedad y la dificultad para reconocer y expresar sentimientos, que han sido desplazados por las costumbres que dejan al individuo como espectadores y aquellos que son vistos, en una búsqueda constante e inacabada de satisfacción, rodeados de flujos de estímulos interminables que denotan la creación constante de nuevos parámetros que alcanzar para ser parte de las esferas de lo deseable.

¿Qué sucede entonces hoy, con el compromiso frente a tal demanda de acaparar oportunidades?

Contrastando con modelos históricos como el victoriano, y siguiendo nuevamente la línea de pensamiento que nos deja Illouz (2018) donde el compromiso se expresaba a través de promesas y manifestaciones emotivas claras, hoy las masculinidades muestran conductas más evasivas y confusas, lo que se traduce en una percepción de falta de compromiso. No se pretende idealizar la monogamia ni los vínculos del pasado, sino más bien comprender los malestares actuales a partir de una reflexión crítica sobre sus dinámicas.

Entonces siguiendo a la autora Illouz (2018), el compromiso es hoy un miedo emergente entre los hombres, en un contexto tecnológico que potencia la competencia y la cosificación corporal. La búsqueda de acumulación de “likes” y reconocimiento digital alimenta el ego y dificulta la entrega emocional, afectando la capacidad de compromiso en las relaciones sexo-afectivas.

Por otro lado, en concordancia, se realizó una investigación recientemente por Lagos (2025) sobre lo que atañe a esta conclusión: La función del amor ha sido dominada por una única explicación, que se conoce como “la hipótesis del dispositivo de compromiso”:

El amor está diseñado para funcionar como un dispositivo de compromiso que estabiliza las relaciones románticas, al desincentivar la búsqueda de alternativas y señalar este cambio motivacional a las parejas. El amor es una adaptación diseñada, en parte, para motivar el rechazo total o parcial de las alternativas románticas (párr. 8).

La amplitud del mercado genera problemas para el compromiso. El estar en pareja lanza señales al resto que desincentiva que esas posibles alternativas busquen al individuo en pareja, lo cual, no quiere decir que, el amor es escudo que protege a quienes están en la pareja de salir a buscar alternativas, ni desincentivo de hacerlo, es un componente que envía señales a las alternativas latentes, y funciona como obstaculizante.

Entonces, es posible decir que el compromiso sí se ha visto alterado con la abundancia de opciones en el mercado digital y abundancia de oportunidades a partir de las nuevas dinámicas. El entrecruzamiento con la industria de la belleza como consumo ha utilizado la liberación de la sexualidad para promover “modas” que caracterizadas de seductoras, promueven el deseo tanto de consumo como el deseo sexual. Lo cual, como dicta la investigación, el salir a buscar alternativas “mejores” solo es obstaculizado por el público que recibe información de los actores de la relación con demostraciones, más no, por sus actores. Lo cual, deja en un terreno que se vuelve incierto, donde malear la confianza, sentimientos y emociones resulta angustiante.

Transformación subjetiva:

La digitalización de los medios de comunicación ha modificado profundamente la presentación del yo frente al otro. La moral tradicional pierde su centralidad, siendo reemplazada por la primacía de la imagen, lo que limita la posibilidad de una verdadera sensibilización corporal y emocional en la interacción. El “yo romántico” que Illouz (2009) describe, evalúa racionalmente sus posibilidades, tanto en relaciones breves como en noviazgos, en un escenario donde la digitalización genera una sobreestimulación que impide una experiencia afectiva plena y consciente.

Lo inacabado:

El consumo, la tecnología y la sexualización conforman nuevas formas de vincularse sexo-afectivamente, comprendiendo algo respecto a la afinidad en la actualidad entre el mercado y lo amoroso. La autocosificación que promueve la exposición del cuerpo

fragmentado, fomenta la complejidad y la incertidumbre en conocerse y reconocerse, con una intrínseca desigualdad de género que continúa reproduciendo la competencia, lo insaciable, adoleciendo con ansiedades que no dejan de manifestarse en la imagen, el cuerpo y las interacciones.

Finalmente, este ensayo reconoce la complejidad y constante transformación que estas experiencias demandan con una mirada abierta a consiguientes cambios, que puedan promover mayores niveles de igualdad, responsabilidad y bienestar para quienes se relacionan en este nuevo contexto. Esta reflexión busca ser un punto de partida para continuar explorando y comprendiendo las metamorfosis que atraviesan los vínculos sexo-afectivos en la actualidad.

Referencias:

- Ahmed, S. (2011). *La política cultural de las emociones*. Programa Universitario de Estudios de Género.
- Bauman, Z. (2007). *Vida de consumo*. Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2020). *Amor líquido: Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Fondo de Cultura Económica.
- Carrasco, C., Borderías, C., Torns, T., (Eds.). (2011). Introducción. En *El trabajo de cuidados: Historia, Teoría y Políticas*. (pp. 13-74). Catarata.
- Castoriadis, C. (1975). *La Institución imaginaria de la sociedad*. C. Carretero
- Campagnoli, M. A., Otero, S., D'Uva, M., Giannoni, M., Herrera, M., Blanchard, M., & Morroni, L. (2022). *La monogamia al desnudo: Notas para una crítica feminista*. Waldhuter.
- Ce, C. (2024). *Deseo*. Planeta.
- Coontz, S. (2006). *Historia del matrimonio*. Gedisa.
- Esteban, M. L. (2011). *Crítica del pensamiento amoroso*. Bellaterra.
- Festival de las Ideas (2025). *Las emociones contra la democracia* [Video]. YouTube.
https://www.youtube.com/watch?v=oea2bTA_Xuo&t=423s
- Freijo, F. M. (2022). *Decididas: Amor, sexo y dinero*. Planeta.
- Grollmus, N. (2012). La construcción social de la masculinidad: poder, hegemonía y violencia. *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 2(2), (27-65), pp. 27-61
<https://revista.psico.edu.uy/revpsicologia/article/view/119>
- Han, B. C. (2012). *La agonía de Eros* (3.^a ed.). Herder.
- Han, B. C. (2021). *Psicopolítica* (2.^a ed.). Herder.
- hooks, b. (2021). *Todo sobre el amor*. Paidós.
- Iglesias Carrillo, O. (2023). *Eva Illouz (2020), El fin del amor: Una sociología de las relaciones negativas* [Reseña del libro *El fin del amor: Una sociología de las*

- relaciones negativas, por *El fin del amor: Una sociología de las relaciones negativas* [Arbor, 199(809)]. <https://doi.org/10.3989/arbor.2023.809007>
- Illouz, E. (2007). Redes románticas. En: *Intimidades congeladas: Las emociones en el capitalismo*. Katz.
- Illouz, E. (2009). *El consumo de la utopía romántica: El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*. Katz.
- Illouz, E. (2012). *Por qué duele el amor: Una explicación sociológica*. Katz.
- Illouz, E. (2018). *El fin del amor*. Katz
- Linne, J. (2020). “No sos vos, es Tinder”: Gamificación, consumo, gestión cotidiana y performances en aplicaciones de “levante”. *Convergencia: Revista de Ciencias Sociales*, 27.
- Linne, J. (2024, mayo). *La era digital del amor: La metamorfosis de la intimidad en un mundo interconectado*. Nueva Sociedad. [OPINIÓN].
<https://nuso.org/articulo/la-era-digital-del-amor/>
- Lagos, L. (2025, junio 25). No sos vos ni soy yo, es el mercado de pareja: la función del amor romántico es objeto de una apasionada investigación. *La Diaria*.
<https://ladiaria.com.uy/ciencia/articulo/2025/6/no-sos-vos-ni-soy-yo-es-el-mercado-de-pareja-la-funcion-del-amor-romantico-es-objeto-de-una-apasionada-investigacion/>
- Sánchez-Sicilia, A., & Cubells Serra, J. (2018). Amor, posmodernidad y perspectiva de género: Entre el amor romántico y el amor líquido. *Investigaciones Feministas*, 9(1), 151–171. <http://dx.doi.org/10.5209/INFE.58143>
- Santa Fe Debate Ideas (2018). *Rita Segato / Eva Illouz - El impacto del capitalismo en la vida del siglo XXI* [Video]. YouTube: <https://www.youtube.com/watch?v=8oqqpCAP2il>
- Tenenbaum, T. (2019). *El fin del amor: Querer y coger*. Ariel.
- Vasallo, B. (2019). *Pensamiento monógamo: Terror poliamoroso*. La Oveja Roja.